

Paciencia, alegría, audacia y fervor

Textos de la Exhortación Apostólica Gaudete Et Exsultate
del Santo Padre Francisco



Colección +breve
Más títulos en masclaro.org/+breve



Aguante, paciencia y mansedumbre

San Pablo invitaba a los romanos a no devolver «a nadie mal por mal» sino a vencer «al mal con el bien». Esta actitud no es expresión de debilidad sino de la verdadera fuerza, porque el mismo Dios «es lento para la ira pero grande en poder»

**El testimonio de
santidad, en nuestro
mundo acelerado,
voluble y agresivo,
está hecho de
paciencia y
constancia en el bien**

Hace falta luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que se arraiguen

Es llamativo que a veces, pretendiendo defender otros mandamientos, se pasa por alto completamente el octavo: «No levantar falso testimonio ni mentir», y se destroza la imagen ajena sin piedad. Allí se manifiesta con descontrol que la lengua «es un mundo de maldad».

La firmeza interior que es obra de la gracia, nos preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social, porque la gracia aplaca la vanidad y hace posible la mansedumbre del corazón.

**El santo no gasta sus
energías lamentando los
errores ajenos, es capaz
de hacer silencio ante los
defectos de sus hermanos
y evita la violencia verbal
que arrasa y maltrata**

Las humillaciones

La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones. Sin ellas no hay humildad ni santidad. Si tú no eres capaz de soportar y ofrecer algunas humillaciones no eres humilde y no estás en el camino de la santidad.

**La humillación te lleva a
asemejarte a Jesús, es
parte ineludible de la
imitación de Jesucristo**

No me refiero solo a las situaciones crudas de martirio, sino a las humillaciones cotidianas de aquellos que eligen las tareas

menos brillantes, e incluso a veces prefieren soportar algo injusto para ofrecerlo al Señor.

No digo que la humillación sea algo agradable, porque eso sería masoquismo, sino que se trata de un camino para imitar a Jesús y crecer en la unión con él. Esto no se entiende naturalmente y el mundo se burla de semejante propuesta. Es una gracia que necesitamos suplicar: «Señor, cuando lleguen las humillaciones, ayúdame a sentir que estoy detrás de ti, en tu camino».

Alegría y sentido del humor

Ordinariamente la alegría cristiana está acompañada del sentido del humor, tan destacado, por ejemplo, en santo Tomás Moro, en san Vicente de Paúl o en san Felipe Neri. El mal humor no es un signo de santidad.

Su amor paterno nos invita: «Hijo, en cuanto te sea posible, cuida de ti mismo [...]. No te privas de pasar un día feliz». Nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados: «En tiempo de prosperidad disfruta [...]. Dios hizo a los humanos equilibrados, pero ellos se buscaron preocupaciones sin cuento».

**Es tanto lo que
recibimos del Señor,
«para que lo
disfrutemos», que a
veces la tristeza tiene
que ver con la
ingratitude, con estar tan
encerrado en sí mismo
que uno se vuelve
incapaz de reconocer
los regalos de Dios**

No estoy hablando de la alegría consumista e individualista tan presente en algunas experiencias culturales de hoy. Porque el consumismo solo empacha el corazón; puede brindar placeres ocasionales y pasajeros, pero no gozo. Me refiero más bien a esa alegría que se vive en comunión, que se comparte. El amor fraterno multiplica nuestra capacidad de gozo, ya que nos vuelve capaces de gozar con el bien de los otros.

Audacia y fervor

Al mismo tiempo, la santidad es audacia, es empuje evangelizador. Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo». «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo parresía.

El beato Pablo VI mencionaba, entre los obstáculos de la evangelización, precisamente la carencia de parresía: «La falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro».

Pero el Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas. Nos invita a gastar nuestra vida en su servicio.

Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros. Cuando los Apóstoles sintieron la tentación de dejarse paralizar por los temores y peligros, se pusieron a orar juntos: «Ahora, Señor, concede a tus siervos predicar tu palabra con toda valentía».

Siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento, repetición de esquemas ya prefijados, dogmatismo, nostalgia, pesimismo, refugio en las normas. Sin embargo, las dificultades pueden tener la función de hacernos volver a ese Dios que es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora.

Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban. La audacia y el coraje apostólico son constitutivos de la misión

Los santos sorprenden, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante. Pidamos al Señor el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás